

# La batalla de Elviña

*Bartolomé Segura Ramos*

Había vaguadas y repechos, como en cualquier otro campo de batalla. En los montículos estaban emplazadas las piezas de artillería, y en las dos o tres explanadas de delante habían formado los batallones. Moore dispuso sus tropas en un frente discontinuo, y estableció varias líneas de combate. El mismo con su estado mayor se instaló en una prominencia, algo apartado del teatro de operaciones, bajo las ramas de un carballo lozano.

Ayer mismo había concebido la esperanza de embarcar antes de que los franceses le diesen alcance, pero por la tarde los servicios de espionaje le confirmaron que las tropas del Duque se les echaban encima, y resultaba temerario y vano iniciar el embarque con los franceses en los malecones. Entonces, el general decidió salir al encuentro de su enemigo y dar la batalla. Al atardecer de ese mismo día, quince de enero, los informadores le hicieron saber que la vanguardia de Soult se hallaba a menos de treinta kilómetros de La Coruña. El general con sus hombres marchaba en ese momento por los altos de Elviña. Al tener noticias de la cercanía de su rival, ordenó levantar campamento y prepararse para hacer frente a los franceses allí mismo.

Comenzó la batalla a mediodía del día dieciséis de enero de ese año de gracia de 1809, y en el transcurso de la misma hubo un par de situaciones importantes en la posición relativa de los dos ejércitos enfrentados, según se podía constatar en los croquis y mapas de campaña que guardaba antes el pequeño museo coruñés, instalado en el antiguo castillo de San Antón, en mitad de la bahía de La Coruña, en tiempos un islote accesible únicamente por mar, hoy unido a tierra firme por el espigón ganado a las aguas marinas. La reproducción fotográfica del óleo de Hipolyte Bellangé, conservado en Lumeville, Muerthe et Moselle, Francia, revela la dureza del encuentro, lo enconado del combate. El general John Moore, dándose cuenta de la situación, abandonó el puesto de mando y descendió al campo de batalla. Una granada, de las que conserva el citado museo, gruesa, pesada y sombría, le alcanzó en mitad del pecho y

lo derribó del caballo. El general cayó rodando al suelo, malherido, *al pie de una verde silveira*.

En un grabado que antes poseía dicho museo y que ahora inexplicablemente ha desaparecido de la vista del público se podía admirar la amplia habitación, los altos techos de la casa número siete de los Cantones coruñeses en la que fue atendido el general inglés, postrado en la cama y rodeado de oficiales. Fuese ello cierto o no, lo verídico es que John Moore murió pronto a consecuencia de las graves heridas y que fue enterrado en la antigua fortaleza, lugar hoy denominado Jardín de San Carlos, donde también se halla la llamada Casa de la Cultura, que los gallegos conocen como la tumba de Fraga, por haber sido un ministro de este nombre quien construyera el edificio, un cuarto de siglo atrás.

Allí, pues, en mitad del circular recinto, se alza suspendido en el aire el catafalco de piedra que contiene sus restos, enmarcado por rejas de punta de lanza con granadas de roja llama en las cuatro esquinas, y una leyenda que reza:

In memory of general Sir John Moore  
who fell at the battle of Elviña while covering  
the embarkation of the British troops.  
16<sup>th</sup> January 1809.

(En recuerdo del general Sir John Moore, que cayó en el campo de batalla, mientras cubría el embarque de las tropas británicas. 16 de Enero de 1809).

Tú, visitante curioso, merodearás en torno del central cuadrángulo y tus ojos repararán en los macizos de hortensias que engalanan con su azul y blanco el lugar, y se alzarán a las alturas donde proyectan sus ramas los negrillos, y a la postre vendrán a recaer en el balcón que cuelga del inabordable muro, sobre la carretera. Desde él divisarás los viejos y pesados cañones emplazados al otro lado, sobre la barbacana desaparecida, apuntando eternamente al infinito; y detrás de ellos, la dársena y la bahía y el otrora fortín, lazareto y cárcel, en que los mismos franceses que derrotaron al general inglés establecieron su cuartel general, dejando el soldado de guardia el recuerdo de la tediosa centinela, al grabar a punta de navaja el número de su regimiento, el 76, y el documento de identificación, junto con el año. Allí mismo hay constancia de la santabárbara que sirvió de húmeda prisión a Juan Díez Porlier, el «Marquesito», ajusticiado en 1815 en el llamado Campo de la Leña, por insurrecto, así como los testimonios de hechos antiguos, de sucesos de los que casi se ha perdido la memoria, como el tesoro áureo de los celtas, las torques y cascos brillantes de pálido limón, y, en otro lugar, los esqueletos reconstruidos de los romanos allí llegados, que fueron a parar a la necrópolis descubierta bajo la actual calle Real, y estelas mortuorias con truncadas leyendas, presumiblemente mal reconstruidas.

Pero más cerca, cuanto tus ojos se hayan cansado de otear en el horizonte marino, al alcance de tus manos nerviosas, podrás palpar las inscripciones que escoltan la entrada al aéreo balcón, mandadas poner allí por el alcalde don Manuel Casás, en 14 de Julio (aniversario de la toma de la Bastilla) de 1927, para enseñanza de la posteridad. Leerás a la izquierda:

The burial of Sir John Moore  
(fragment)

Not a drum was heard, nor a funeral note,  
as his corse to the rampart we hurried;  
not a soldier discharged his farewell shot  
o'er the grave where our hero we buried.

We buried him darkly at dead of night,  
the sods with our bayonets turning  
by the struggling moon beam's misty light,  
and the lantern dimly burning.

No useless coffin enclosed his breast,  
nor in sheet nor in shroud we bound him;  
but he lay like a warrior taking his rest,  
with his martial cloak around him.

Few and short were the prayers we said,  
and we spoke not a word of sorrow;  
but we stead fastly gaz'd on the face of the dead,  
and we bitterly thought of the morrow.

Slowly and sadly we laid him down,  
from the field of his fame fresh and gory;  
we carv'd not a line, we rais'd not a stone,  
but we left him alone with his glory.

Charles Wolfe

(No se oyó un tambor ni una nota fúnebre  
mientras llevamos aprisa su cuerpo al terraplén;  
ningún soldado descargó un tiro de despedida  
sobre la tumba donde enterramos a nuestro héroe.  
Lo enterramos oscuro, al morir la noche,  
el césped con nuestras bayonetas revolviendo  
a la luz neblinosa de la luna combativa  
y la antorcha mortecidamente ardiendo.  
Ningún ataúd inútil encerró su pecho  
ni lo envolvimos en sábana o sudario,  
más quedó echado cual guerrero descansando  
con el marcial capote alrededor.  
Pocas y breves fueron las plegarias que dijimos,  
y no hablamos una palabra de duelo;  
en su lugar, miramos fijamente la cara del muerto  
y amargamente pensamos en el mañana.

Lenta y tristemente lo depositamos en el suelo,  
 del campo de su fama fresco y ensangrentado.  
 No pusimos señal, no levantamos una piedra,  
 mas lo dejamos solo con su gloria)\*.

Después, para no salirte del tenor adquirido con este fragmento del poema de Wolfe puedes retroceder a la entrada y leer la proclama que el comandante en jefe de las fuerzas británicas en España, Lord Wellington, hizo en cuatro de septiembre de 1813, a raíz de la batalla de San Marcial (treinta y uno de agosto del mismo año) en la que elogia sobremedera a los combatientes e «inimitables» gallegos. Y antes de marcharte del solar venerando de la antigua fortaleza, echarás un vistazo también a la jamba derecha, por donde se deslizan estos versos que Rosalía de Castro escribió en La Coruña, en 1.871, dedicándolos *A miña amiga María Bertorini, nativa do país de Gales*:

Na tomba do xeneral Sir John Moore  
 (fragmento)

¡Cuan lonxe, cómo das escuras nebras,  
 dos verdes pinos, das ferventes olas  
 qu'o nacer viron, dos paternos lares,  
 do ceo da patria qu'o alumou mimosa,  
 5 dos sitios, ¡jay!, do seu querer, qué lexos  
 viu a caer baix' enemigo golpe  
 pra nunca máis se levantar, coitado!

68 ¡Mais qué fermosa e sin igual morada  
 69 lle coup'en sorte ós teus mortales restos...!

C'o seu respeto compasiva vela  
 110 pol-o estranxeiro á quen traidora morte  
 fixo fincar lonxe dos seus e á alleos  
 viu a pedir o derradeiro asilo.

Cando do mar atrevesés as ondas  
 y o voso hirmán á visitar veñades,  
 115 poñé na tomba o cariñoso ósdo,  
 e se sentís rebulligar as cinzas,  
 e s'escoitás indefinibres voces,  
 e s'entendés o que esas voces digan,  
 a y-alma voa sentirá consolo.  
 120 ¡El vos dirá qu'arrededor do mundo  
 tomba millor qu'aquí atopou n'achara  
 senon do seus antr'o amoroso abrigo!

---

\* Aunque único responsable de la traducción, ésta ha sido amablemente revisada por nuestro compañero, el doctor García Tortosa.

Salvo algunas comas y acentos que el texto mandado grabar por el alcalde de 1927 no tiene, esta es la lectura de lo que allí se halla inscrito. Sin embargo, conviene cotejar el texto presente con las ediciones del poema de Rosalía, que, dicho sea de paso, se extiende a lo largo de 122 endecasílabos, de los que aquí se han trasladado los 23 de la inscripción, tomados, como se observa, de tres lugares distintos del poema: los siete primeros, dos centrales y los catorce del final. Fuera quedan versos interesantes, en los que naturalmente no entramos, pues sólo pretendemos atenernos al fragmento que se lee en el Jardín de San Carlos. No obstante, debemos hacer notar que al comienzo del pasaje final se produce un corte desafortunado, tanto que hace ininteligible ese primer verso (109), de modo que es necesario citar el anterior, el 108, para su correcta comprensión. Pero antes digamos también, que confrontado el texto de las jambas del balcón grabado en bajorrelieve en 1927 con las ediciones, por ejemplo, la de Benito Varela Jácome: *Poesía completa en galego*, edicións xerais de Galicia, S.A., 1985 (1980), hallamos curiosas variantes que en algunos casos presuponen meros errores de grabación y en otros variantes gráficas, todo lo cual nos lleva a pensar en la tan conocida y similar situación de los textos clásicos, en concreto, los que los llamados lapicidas inscribieron en la piedra (o el bronce) por orden superior y que tanta fatiga ocasionan a los compañeros de la Filología Latina cuando han de dilucidar la lectura de textos grabados que van desde *Manios medfejhaked Numasioi* al comienzo de la historia literaria latina con un lenguaje tan arcaico que conserva un perfecto reduplicado en *facio* a la manera habitual en griego pero bastante menos en latín, donde por otra parte *facio* sólo posee el perfecto *feci*, hasta inscripciones cristianas y medievales, pasando por las clásicas, pompeyanas, tardías, etc. Comparando en efecto nuestro texto con el impreso, que el lector podrá hallar en las págs. 267-270 del libro citado, hallamos lo siguiente:

	Texto grabado	Texto impreso por Varela Jácome
Versos		
1	nebras	niebras
4	mimosa	mimoso
109	c'o	co
109	compasiva	compasivo
112	viu	vir
114	y o voso hirman a visitar veñades	i ó voso irmán a visitar vaiades
116	rebulligar	rebulligar
121	millor qu'aquí	mellor que a que

Ha dejado de lado, como dije arriba, meras grafías, como por ejemplo, *qu'o* (3) por *que o*; *baix'* (6), por *baixo*, etc.

Sin embargo, a la vista de las variantes hay que hacer notar: para el verso (4) es de preferir *mimoso*, por cuanto aplicado al cielo y no a la patria; para el verso 109 la forma es *compasivo*, pues el verso anterior, impropriamente eliminado, dice: «*Soio no está no seu sepulcro; un puebro*», de tal modo que es *puebro* el sujeto de *vela* y al que se le aplica el adjetivo *compasivo*. En 112 tenemos una variante curiosa, porque en el texto inscrito había coma tras *seus* y así se pretendía que el sujeto de *viu* fuese el

general, con un cambio muy brusco después de que *morte* se cruzase como sujeto de *fixo*. Es naturalmente más razonable leer con los editores el infinitivo *vir* haciéndolo depender al gual que *finçar* de *fixo* susodicho. Por fin, en 121 tenemos una *lectio faciliior* en la edición de Varela Jácome: *que a que* = «que la que», en vez de *qu' aquí* = «que aquí». Cf. abajo, la versión al español.

El poema a Sir John Moore, junto a otras poesías de Rosalía puede leerse traducido en: *Poesía. Rosalía de Castro*, traducción, selección y notas por Mauro Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1.979, pp. 170-177. Nosotros, en el presente papel, nos arriesgamos a hacer la versión que más nos place, y que es ésta:

- ¡Qué lejos, cuánto, de las oscuras nieblas,  
de los pinos verdes, de las hirvientes olas  
que lo vieron nacer, de los lares paternos,  
del cielo de la patria que lo alumbró mimoso,  
5 de los sitios, ay, de sus amores; qué lejos  
vino a caer bajo enemigo golpe  
para no levantarse más, desgraciado!
- 68 Más ¡qué hermosa y sin igual morada  
69 le cupo en suerte a tus restos mortales!
- (108: Solo no está en su sepulcro; un pueblo)  
con su respeto compasivo vela  
110 al extranjero a quien traidora muerte  
hizo quedarse lejos de los suyos, y a extraños  
venir a pedir el último asilo.
- Cuando del mar atraveséis las ondas  
y vuestro hermano a visitar vengáis,  
115 poned en la tumba el cariñoso oído,  
y si sentís estremecerse las cenizas,  
y si escucháis indefinibles voces,  
y si entendéis lo que esas voces dicen,  
vuestra alma sentirá consuelo.
- 120 ¡El os dirá que alrededor del mundo  
tumba mejor que la que encontró no hallara,  
salvo de los suyos al amoroso abrigo!

En la Historia, con mayúsculas, hay grandes nombres. España conoce a Napoleón y a lord Wellington y a Carlos IV, como conoce a Nelson. Y las batallas dejan recuerdo indeleble en la memoria de la Humanidad: Waterloo, Austerlitz, Bailén, Trafalgar. Que yo sepa, nadie o casi nadie conoce el nombre de la batalla librada un dieciséis de enero en los montes cercanos a La Coruña, en la parroquia de San Vicente de Elviña. Sin embargo, dos poetas, Wolfe y Rosalía, han evocado al héroe cuasi anónimo que cayó al atardecer para no levantarse más. Rosalía lo recordó en 1871; un ignoto alcalde lo haría después, en 1927, mandando grabar unos fragmentos

de aquellos poemas, y ciento ochenta años más tarde del nimio suceso, a saber, la muerte durante la invasión napoleónica a España de un general británico de treinta y un años, que regó con su sangre las hortensias que jalonaban el camino, yo, menos conocido que todos ellos, lo evoco. «Solo no está en su sepulcro...».